

VOLODIA

Cuento soviético



Vera Panova



PARA LA VOZ







Vera Panova (1905-1973)

Título original en ruso: Володя

Contacto:

contacto@paralavoz.com
paralavoz.com

Impreso en mayo de 2025

ISSN de PARA LA VOZ: 2983-2823

VOLODIA VERA PANOVA



PARA LA VOZ

Nota de editores

Editamos este cuento como libro anexo al número 3 de *Para la voz*, titulado «Entre lo bello y lo justo: marxismo y arte en Lukács y Lifschitz», dedicado al estudio de la estética marxista a través de las obras del revolucionario húngaro György Lukács y del soviético Mijaíl Lifschitz, dos de los filósofos-estetas más importantes de su época.

La edición de este libro tiene, por tanto, dos motivos: por una parte, lo consideramos un ejemplo característico del realismo socialista soviético y, en ese sentido, es un material interesante para complementar el estudio teórico del arte y analizarlo a través de la estética marxista. Por otra parte, queremos revalorizar una tradición literaria comúnmente denostada y muy poco conocida en el mundo occidental, dando al lector la posibilidad de familiarizarse con ella y valorar por sí mismo su validez artística.

A diferencia de las concepciones vulgarizadas del realismo socialista, este nunca buscó convertirse en propaganda. Sin duda hubo muchos artistas y escritores que no lograron la altura artística de Gorki o Shólojov, quedándose en el formalismo o en la propaganda, pero hubo también muchos que se esforzaron por explorar, a través de los métodos literarios, la realidad de su tiempo, la época histórica que les tocó

vivir. El realismo socialista, por tanto, busca penetrar a través del arte en la esencia de la realidad, descubrir sus contradicciones e iluminar sus potencialidades.

En ese sentido, en las obras auténticamente realistas los personajes no son simples extensiones del autor, peones a través de los cuales se escucha la voz del escritor. Por el contrario, el principio de inmanencia se convierte en el motor esencial de estas obras, los personajes cobran vida propia y, a través de sus acciones, de sus relaciones y de su evolución florece la fortaleza artística que ilumina el contenido de la obra.

En este cuento, titulado *Volodia* y escrito en 1959, se puede percibir ese despliegue artístico, la vitalidad de los personajes y, a través de sus acciones y relaciones, el lector puede acercarse a una mejor comprensión del momento histórico en el que se ambienta. Y esto a pesar de que este cuento no fue concebido como obra independiente, sino que se trata tan solo de un «extracto» de lo que Panova iba a convertir en una novela más amplia. Así lo explica ella en el artículo autobiográfico incluido en el número 3 de *Para la voz*: «Largamente estuvieron madurando los cuentos *Valia* y *Volodia*, que yo tenía ya concebidos desde los tiempos de la guerra. Al principio, proyectaba una novela: en lugar de ella, escribí dos cuentos pequeños, dejando solamente la esencia, el extracto».

En la estructura de la novela que proyectaba Panova, el cuento *Valia* antecede al de *Volodia*. Trata de una niña de 14 años que debe partir de Leningrado, su ciudad natal, junto a su madre y a su hermanita, debido a la evacuación ante el avance del ejército nazi. Aquel cuento se divide en dos partes: la partida y el regreso. Es en esta segunda parte que aparece un muchacho de 16 años, Volodia, en su vagón, que es retirado por el revisor debido a que no tenía pasaje. Y es en este momento en el que empieza la historia de Volodia. Sin embargo, más allá de este efímero encontronazo entre personajes, ambos cuentos son plenamente independientes.

Esperamos, en fin, que el lector disfrute de la lectura de este cuento (o de este «extracto», como dice Panova) y se aproxime así a un tipo de literatura poco conocida en el mundo hispanohablante.

Abril de 2025.

Cuando el revisor le dijo a Volodia «¡vamos!», el muchachito echó a andar tranquilo. No se sentía culpable, ni abrigaba temor alguno. ¿Que no tenía permiso para ir a Leningrado? ¿Y cómo lo iba a tener, si su padre no le había llamado allá? Y sin el permiso, aunque hubiera dispuesto de dinero, no le habrían vendido el billete.

Aquello era puro formalismo. ¿Quién podía impedirle a él regresar a la ciudad en que había nacido y vivido hasta la misma guerra? Había decidido volver, y volvería. Un día o dos de retraso no significaban nada.

Sosteniendo en la mano el ligero morral, medio vacío, el muchachito avanzaba con dificultad y paciencia por entre los sacos, maletas y baulillos de mimbre que obstruían el paso. La encargada del vagón iba delante, gritando de vez en cuando:

—¡Ciudadanos, preparen los billetes!

El revisor iba detrás: el seco chasquido de sus tenacillas sonaba a la espalda de Volodia.

«En la estación siguiente —pensaba el muchachito, en tanto andaba, sorteando equipajes— me apearán. Puede que me lleven a la comisaría de milicias. No, no lo creo, pues yo no soy ningún ratero. Bueno, pero supongamos que me llevan. ¿Qué van a hacer allí conmigo? Lo más que harán será levantar acta del hecho, y no me detendrán, pues ¿qué interés tienen ellos en darme a mí de comer? Ninguno; ni siquiera levantarán acta, no querrán perder el tiempo en menudencias. Me amonestarán, me amenazarán un poco, y luego yo les pediré que me ayuden a marchar en el tren siguiente, alegando que a mí no se me ha perdido nada en esa estación. Y si la cosa no llega hasta las milicias, tomaré el tren yo solo. Tal vez tenga más probabilidades de pasar desapercibido si hago el viaje a pequeños trechos, con frecuentes transbordos. Pero habrá que averiguar antes si los trenes son los que a mí me convienen... Yo mismo, por tonto, tengo la culpa de que me hayan echado el guante. Hay que ir afuera, en el estribo. Porque de esta manera, temiendo al viento, no se adelanta nada. Sería curioso saber —se dijo, y notó que se le hacía la boca agua— dónde voy a comer hoy».

Le había venido a la memoria la gran torta de patata, toda doradita —como la nata de la leche cocida al

horno—, que le comprara a las niñas el soldado.

—¡Hala, hala!— apremió el revisor a Volodia, dándole un leve empujón.

Lograron atravesar la plataforma, donde numerosas mujeres y niños se agolpaban ante la abierta puerta del retrete, y salieron a un puentecillo entre los vagones: dos planchas metálicas, tendidas sobre el fragoroso hueco. Una ráfaga de aire helado levantó bruscamente el cuello de la cazadora de Volodia y se lo pegó a la cara; el muchachito aspiró con hondura aquel aire cortante, impregnado del olor a quemado de la locomotora. Por la rendija, entre las planchas, se veían los rieles, que se deslizaban raudos.

El otro vagón estaba también abarrotado; el aire, igualmente cargado y gris, de tabaco y de la respiración. Como en el interior, iba delante una mujer, la encargada de aquel vagón; después, Volodia, el revisor, con sus tenacillas... Había que avanzar con la misma lentitud, tropezando con los amontonados bultos. Llegaron a un nuevo vagón, y se repitió el cuadro; hasta el techo: sacos, maletas, baulillos de mimbre, personas mayores y niños que lloraban o dormían...

Corría el tren sin traqueteos, a igual velocidad; tras las ventanillas extendíase un cielo plomizo, cortado por los hilos del telégrafo, y desfilaban los postes, lentos, idénticos.

«¿Qué es esto? —se preguntó Volodia— ¿Me van a

estar paseando continuamente por el tren?».

Pero en el vagón siguiente, el revisor lo detuvo y lo dejó en manos de las dos responsables del mismo. Los documentos de Volodia se los llevó.

2

La encargada del vagón era de más edad y más gruesa que la camarera; tenía las piernas cortas, anchos los hombros y una cara llena que destacaba, blanca y grande, bajo la pequeña boina negra. Había en su rostro una expresión de sombría gravedad.

La camarera era delgadita y joven todavía, a pesar de las largas arrugas que surcaban ya su frente amarilla. Sus flacas manos asomaban por las bocamangas de la guerrera. Los ojos le brillaban intensamente, y los finos labios rojos sonreían de continuo, como si estuviera recordando algo gracioso.

—¡Vaya con el «lebratillo»!¹ —exclamó en voz alta, tajante, mirando a Volodia, cuando el revisor se hubo marchado—. Fíjate, Valia, qué «lebratillo». ¡Tiene negros bigotillos!

Y prorrumpió en largas, nerviosas carcajadas. La risa ponía al descubierto sus largos dientes amarillos y sus rosadas encías. Y a Volodia le desagradaban la

¹ Denominación que se daba en Rusia al viajero sin billete.

risa, las encías, los dientes y las miradas de la mujer aquella. Se volvió hacia la ventanilla.

Allí, tras ella, seguían los hilos del telégrafo, los postes y las aldeas. Anocheceía, los árboles se iban tornando más oscuros. La locomotora ponía en la ventanilla cortinas de humo, que el viento desgarraba al instante.

El bosque tan pronto se aproximaba, casi hasta el mismo tren, como se alejaba. Aparecían las aldeas, para desvanecerse al punto, como un sueño. Unos chiquillos habían hecho un gran monigote de nieve. Era una campesina corpulenta que, de cara al tren, saludaba presentando el arma de su escoba, mientras sus negros ojillos de carbón miraban a Volodia con fijeza a través de las sombras del crepúsculo.

En las pequeñas estaciones, había siempre parada una persona que tendía un banderín. El tren aminoraba la marcha, pero pasaba de largo.

«Ya parará en algún sitio», pensaba Volodia.

Iba solo en una espaciosa plataforma cerrada. Allí los viajeros no se agolpaban por doquier; por consiguiente, se trataba de un vagón de plazas reservadas. Salió al pasillo un teniente y tiró al cajón de la basura un bote de conserva vacío y un aceitoso papel; se expandió un olor a grasa, a hoja de laurel, a saciedad. Volodia miró por la puerta abierta: no era un simple

vagón de plazas reservadas, sino de compartimentos aislados por mamparos; el pasillo tenía una alfombra tendida a lo largo de todo él; dos oficiales fumaban allí. Sí, había en la vida elegidos de la fortuna que viajaban en compartimentos independientes, sin que nadie tuviera derecho a apearlos del tren, y comían apetitosa carne de cerdo en conserva. ¡Se zampaban un bote entero cada uno! Y luego, tiraban al cajón de la basura el bote, que exhalaba un olor divino, sin rebañarlo seguramente con pan, como era debido...

«¡No hay que pensar en eso! —se ordenó mentalmente Volodia—. Pues, por mucho que se piense en ello, ¡no va a caer la carne del cielo!». Más de una vez había tenido ocasión de convencerse de que semejantes pensamientos no conducían a nada bueno, tan solo engendraban indigna envidia y lástima de sí mismo, cosa que quitaba energías, debilitando al ser humano. Y Volodia no quería ser débil...

Las estaciones de aquella línea del ferrocarril tenían nombres no rusos: Kez, Cheptsá, Pibanshur, Tuktim. ¿De qué idioma provenían? ¿Del udmurtio? ¿Iban ahora por Udmurtia? Tal vez tales denominaciones quedaran de las tribus que habían habitado aquellas tierras en tiempos remotos. ¿Cómo se llamaban: chud, meriá, muromá?... (A Volodia le gustaba la historia y leer los libros que trataban de ella). Y entre

las estaciones de denominación rusa, había algunas con tristes nombres: de los Idos, de los Locos... Por lo visto, en tiempos de los zares, habían pasado a las mismas de las aldeas cercanas. «¡Cuántas penas —pensaba Volodia— debió experimentar la gente para dar a sus lugares esos nombres! Aldea de los Locos...».

«¿Dónde me apearán a mí?».

De todos modos, sería preferible que ello ocurriese antes de que se hiciera de noche por completo y que lo dejaran en una estación decente, donde hubiera luz eléctrica y tuvieran la costumbre de encender la estufa en la sala de espera, por lo menos una vez al día.

—¿Balezino? —preguntó alguien, a la espalda de Volodia. Y la camarera del vagón le contestó a gritos:

—¡Sí, Balezino, Balezino!

El tren aminoró su marcha.

Bien. Ahora vendría el revisor. Vendría el revisor con los documentos y le diría: «¡Apéate, hemos llegado!».

Chasquearon las puertas al abrirse. En la cerrada plataforma se encendió una bombillita. Aquello se llenó de viajeros que esperaban la parada. Por todas partes se veían guerreras y capotes con hombreras de oficial.

En cuanto se encendió la bombillita, el cristal de la ventanilla se tornó oscuro.

«¿Pero dónde está mi revisor?».

—Permítanme —dijo gravadosa la vieja encargada del vagón, que, farol en mano, se abría paso hacia la plataforma.

Tras el oscuro cristal de la ventanilla empezaron a deslizarse lentas unas lucecitas. El tren se detuvo. Se oyeron unos chirridos bajo los pies. Surgieron unos diamantes en los dibujos grabados por el hielo en el cristal, y saltó a los ojos el resplandor del letrero de la estación: Balezino.

3

—Joven —llamó una voz grave, y la vieja encargada del vagón tocó a Volodia en el brazo—, ven conmigo.

En el angosto departamento de los empleados del vagón, había sobre la mesita un vaso de té y unos picatostes de centeno.

—Siéntate y come.

El se sentó. Y cuando mordió un crujiente picatoste y percibió en la lengua su rico sabor, un poco salado, se dio verdadera cuenta de cuán grande era el hambre que tenía.

—Come —le animaba la encargada del vagón—. Come todo, no te dé vergüenza.

Le llenó de nuevo el vaso, bajo el grifo del samo-

var,² cuya agua hervía cantarina.

El tren iba a toda velocidad. La estación de Balezi-
no había quedado a decenas de kilómetros atrás. Y el
revisor continuaba sin venir.

Volodia comía y la encargada del vagón permane-
cía en pie al lado, severa la cara grande bajo la peque-
ña boina, mirando seria al muchachito con sus ojillos
blanquecinos, sin cejas. Luego, le preguntó:

—¿Tienes madre?

—Tengo.

—¿Qué hace?

—Trabaja en una Caja de Ahorros.

—¿Y padre?

Volodia bebió un trago de té.

—Padre no.

—¿Y hermanos y hermanas?

—Una hermana.

—¿Mayor?

—No, pequeña.

—¿Y tú de qué trabajabas? —inquirió, mirándole
a las manos.

—De mecánico.

La encargada del vagón asintió aprobatoria con la
cabeza:

² El *samovar*, tradicional de Rusia, es un recipiente metálico con
una pequeña chimenea interior para hervir agua o preparar té.

—¡No está mal!

Entró la camarera con una bandeja llena de vasos vacíos.

—¿Qué hay, «lebratillo»? —le saludó, mostrando sus dientes amarillentos y sus encías rosadas—. ¿Está comiendo el «lebratillo»? —y de nuevo dio suelta al chorro de su risa: los vasos empezaron a saltar y a tintinear en la bandeja.

—¡No vas a dejar uno sano! —le advirtió severa la vieja.

Volodia, con la vista baja, apuraba el vaso de té. Él conocía bien aquella risa femenina, sin motivo, y aquel brillo de ardiente desesperación en los ojos de las mujeres. Lo mismo le ocurría a su madre.

—Échate un rato —le propuso la vieja encargada del vagón—. Descansa un poco.

Y le señaló la litera de arriba, donde había una colchoneta listada y una almohada.

Volodia se quitó las botas de fieltro y el enguatado chaquetón y subió a la litera. Aunque aquello estaba muy templado, el muchachito se tapó placentero con la gruesa y punzante manta. Al emprender el viaje, no confiaba hallar ninguna clase de comodidades, y ahora tomaba de buen grado y con gratitud todo lo bueno que se presentaba. «¡El revisor se ha olvidado de mí! —pensó—. En tanto vuelve a acordarse, echaré

un sueñecito». Y se estiró con fruición, saboreando el descanso de antemano. Abajo, la encargada y la camarera del vagón fregaban los vasos. Cuando terminaron, sacaron una labor de ganchillo y se sentaron, una junto a otra, en la litera inferior. La bombillita alumbraba débilmente. El vagón traqueteaba de continuo. Pero las manos habituadas movían diestras los ganchillos, haciendo crecer el encaje. Únicamente los accesos de risa molestaban a la joven camarera en su trabajo.

—Mejor será que cantemos —le dijo la vieja encargada del vagón—. No haces lo más mínimo para contenerte, Kapitolina.

La joven inició bajito una canción. La vieja la secundó.

—Lavábase Marúsenka sus piececitos blancos —entonaba la joven con voz entrecortada, como si se fatigara. Y la vieja proseguía, sin alzar mucho el tono:

—Sus blancos pies lavaba y cantaba.

Pasó frente a la puerta, lanzando una ojeada al departamento, un oficial: brillaba su pecho, cuajado de órdenes y medallas. La joven camarera se levantó y miró a la litera de arriba.

—¿Duerme? —preguntó la vieja.

—Duerme —repuso la joven, mostrando sus dientes y encías en beatífica sonrisa—. Se ha quedado dor-

mido nuestro buen «lebratillo».

Y la vieja se levantó también para echar una mirada, solícita y severa, al muchachito que dormía bajo aquel temblante techo de peregrino. Yacía con la mejilla pegada a la almohada, y sus negras pestañas permanecían serenas, mientras sus juveniles clavículas se alzaban y descendían rítmicas. Y como velando a aquel muchachito, desconocido para ellas, dos mujeres estaban en pie, abajo, haciendo ganchillo y cantando quedo.

—Acercáronse a Marúsenka unos gansos —continuaba la tonada, moviendo los ganchillos, con voz apenas perceptible entre el traqueteo de las ruedas—. Eran grises esos gansos, y sus cuellos, azulados...

4

Antes de partir de Leningrado, en el verano de 1941, Volodia fue con su madre a ver al padre.

—Hay que ir a despedirse —dijo la madre—. ¡Quién sabe! Puede que no volvamos a vernos más.

En dos ocasiones, no lo encontraron en casa, estaba en el hospital. La segunda vez, les recibió la mujer del padre, a la que la madre, en sus relatos, llamaba *ella*, sin mencionar su nombre; en la imaginación infantil de Volodia aparecía como un ser peligroso, rapaz, sin

conciencia, que les había arrebatado lo que era suyo: aquel ser malo había irrumpido en su vida y se había llevado al padre cuando Volodia no tenía más que dos años y la madre era todavía muy joven y estaba sin oficio ni beneficio, como continuaba hasta la fecha...

Le dio reparo examinarla con detenimiento, y la miró fugaz, apartando los ojos al instante, pero sin que se ocultara nada a la mirada hostil y avizora. ¡Era fea! Mucho extrañaba que el padre hubiera abandonado a mamá para irse con aquella bisoja, de aguzados pómulos y largos brazos flacos, que llevaba un vestido gris de lo más ordinario. No se la podía ni comparar con mamá, pensaba Volodia, con amargura y orgullo. Hasta los vestidos de mamá eran diez veces más bonitos. Siempre se ponía algún lindo pañuelo a la cabeza, se adornaba con un cuellecito de encaje o con un elegante lazo; las telas que lucía eran de bellos y vivos colores. Sobre todo aquel día, bien engalanada, con el pelo rizado, brillantes de emoción y temor los ojos, estaba singularmente guapa.

Sí, mamá temía a aquella mujer. Sentía timidez ante ella. Una timidez tan grande, que le hacía equivocarse las palabras y balbucear a cada paso. A Volodia le daba vergüenza de aquello. Y entretanto, la madrastra permanecía allí plantada, observándoles alternativamente con sus estrechos ojillos y hablando en voz

baja. Les dijo que volvieran al anochecer, que el padre estaría en casa. Desde luego, debían despedirse de él, y al decirlo, fijó sus ojos en Volodia, pensativa, durante largo rato. Iba a pedirles un gran favor. Ella no le había dicho nada a Oleg de que tenía un hermano; el niño no sabía nada. Y ella quería que Oleg oyese aquello de sus labios... a su debido tiempo. Si cuando viniera al anochecer, el niño estuviese despierto todavía... Para que no se enterase de algo casualmente... ella le rogaba también a Volodia que fuese discreto, pues ya era mayorcito...

—No, no, Volodia no dirá nada, esté usted tranquila —aseguró la madre, precipitadamente, con miedo, como si aquel deseo, conocido de antiguo y siempre cumplido sin discusión por algún motivo ignoto, no fuera un necio y ruin afán, indignante a más no poder.

Volvieron al anochecer; el padre estaba en casa. Les recibió sombrío y cortés. Entornados los ojos con aire de cansancio, sostenía la conversación. Le costaba trabajo fingir que le interesaba la suerte de los dos. Y unas lágrimas asomaban a sus ojos mortecinos cuando contenía algún bostezo que pugnaba por separarle las mandíbulas. Se repetía y embrollaba. Varias veces manifestó su asombro por el hecho de que Volodia hubiese crecido. Al recordarlo más tarde, el chico se burlaba ásperamente...

De pronto, le entraron ganas de saber con qué notas había pasado Volodia al séptimo grado. Sorprendente curiosidad, porque en tiempos de paz a él le importaban un bledo las notas de Volodia. Y al preguntárselo, el padre le puso sobre el hombro su mano de doctor, de piel fina y roja a causa de los continuos lavados. Volodia enrojeció, le afluyó la sangre al rostro con motivo de aquella caricia imposible de evitar y que le ponía en el trance de no saber qué hacer.

Estaban en el despacho, donde había una mesa escritorio, un armario y unos estantes para los libros. La vivienda, en un edificio nuevo, era acogedora, reinaba allí la limpieza. «Él duerme en ese diván», se dijo el chico. A la cabecera del diván estaba arrimada una mesita con una lámpara, periódicos y un despertador. «Apaga la luz del techo y enciende la de la mesita, para leer los periódicos antes de dormirse, y, por las mañanas, le llama el despertador».

La madrastra entraba, muy silenciosa, trayendo té, pastas y otras cosas para acompañarlo. Puso sobre la mesa tres tazas: para la mamá, Volodia y el padre; ella no se sentó con ellos. Cuando se presentó por primera vez con la compotera, la mantequera y el frutero, el padre la miró como preguntándole: «¿Es tan necesario eso?». Y ella, sin responder a la mirada, dejó todo sobre el mantel con un aire sereno y decidido que pa-

recía decir: «Sí, es necesario».

Su hijo Oleg debía estar ya durmiendo, pues ellos habían llegado tarde, o tal vez lo hubiese escondido ella en alguna parte.

Y la madre se comportaba de nuevo como si fuese culpable, tenía las piernas encogidas bajo el sillón, ocultando sus calcetines blancos. Volodia le había hecho ya una seña, que significaba: «¡Vámonos a casa!», pero ella no se marchaba y ayudaba celosamente al padre a sostener aquella conversación innecesaria, ofensiva.

Hacia el final de la entrevista, él empezó a quejarse de que no tenía bastante para vivir y se veía obligado a hacer muchos números. Sin embargo, antes de despedirse, le dio dinero a la madre.

La despedida fue fría, llena de turbación. Él les deseó diversas venturas, pensando al mismo tiempo: «Bien, ahora se irán, gracias a Dios, y podré acostarme al fin».

Al salir a la calle, la madre se echó a llorar.

—Se ha creído que yo venía por dinero.

Volodia respingó:

—No había que haber venido. No veníamos antes, y no hacía falta ahora.

La madre caminaba llorando. El hijo afirmó con más coraje:

—Si es nuestro sino que no nos volvamos a ver más, yo no lloraré por eso.

Pero la madre, luego de sonarse, le repuso dulcemente:

—A pesar de todo, mucho y bueno hubo entre nosotros.

Dos días más tarde, partían. Después de un largo viaje, llegaron a N.

5

Los alojaron en una habitación, en unión de dos letonas que habían huido de Riga. Las letonas no tenían reparo en desnudarse y vestirse delante de Volodia, pues era todavía un chicuelo.

Aquellas mujeres llevaban unos abrigos de pieles —a los que en N. llamaban pellizas— y relucientes anillos. Por las mañanas, antes de ir al trabajo, se quitaban los anillos y los guardaban en unas bolsitas, que se colgaban del cuello. Trabajaban las letonas en unos talleres de envasado, donde clasificaban las patatas y lavaban los toneles vacíos que habían contenido hortalizas en salmuera. Cuando volvían a casa, se estaban largo rato untándose de crema las cuarteadas y enrojecidas manos. A veces, les daban en los talleres unos pepinos salados o un tarro de col agria. Enton-

ces, invitaban a Volodia y a su madre; por poco que tuvieran, siempre les obsequiaban con algo.

Volodia observaba que las letonas le ofrecían aquello con gusto, mientras que a la mamá la invitaban de mala gana y únicamente porque era violento no hacerlo. El chico se sentía ofendido de aquel trato a la madre, pero, ¿qué podía decir él?

Muy sabrosos estaban los grandes pepinos, de un color verde oscuro, bien empapaditos de salmuera y un poco prensados.

Las letonas le propusieron a la madre de Volodia colocarla en los talleres de envasado, considerando que era más ventajoso que trabajar en la caja de ahorros, pero ella les recordó el lavado de los toneles y se negó a aceptar la propuesta. Decía que su trabajo en la caja de ahorros era más limpio, estaba ya acostumbrada a él y al contacto con la gente. Las letonas no discutieron; no eran nada locuaces y solo cambiaban entre ellas algunas palabras en su idioma. Cuando estaban en casa, aquello no molestaba en absoluto a Volodia, mientras estudiaba o leía. El ruido lo traía la mamá; en cuanto entraba, empezaba a contar cosas, con voz debilitada de cansancio, a hacer preguntas y a reír.

Nunca se quejaba de la vida dura, ni se enfadaba por ello. A veces, de pasada, sin encono ni pena, decía en la mesa: «¡Huf, otra vez esta sopita!», o se ponía a

referir, sin darle tampoco importancia, que algún depositario se había mostrado grosero con ella sin motivo. En aquellos días, todo le parecía aún llevadero, tenía el convencimiento de que, en su vida, lo mejor estaba todavía por venir. Con los ojos brillantes, comunicaba sus esperanzas a las letonas:

—No es posible que todo haya terminado. Presiento que aún amaré y seré amada.

Las letonas se mordían los labios.

—El niño la oye —le advirtió una de ellas.

—No importa —repuso la madre despreocupada—, ¿qué de particular tiene esto? Estoy segura de que me espera una dicha verdadera, distinta al amor de antes. Eso pasó tan pronto, que ni siquiera tuve tiempo de apercibirme. Imagínense, yo estaba aún dándole el pecho al nene, y él ya se había liado con *ella*... No, no es posible que con eso haya terminado todo para mí.

—Tiene usted un hijo —le dijo la otra letona—. Tiene un ser querido a quien dedicar su vida.

—Sí, desde luego —asintió la madre, sin gran convencimiento, y se calló.

¡Cómo le brillaban los ojos! ¡Qué suave era su cuello! Blanco, fino, ceñido por un encaje lavado y relavado tantas veces. Se peinaba a la moda, en forma de nido.

Los chicos de la escuela iban al koljós³ a recoger heno y escardillar. Vivían en un hermoso paraje, tan apacible, que cualquiera diría que no había guerra y existían solamente aquellos anchos campos, invitando al sosiego y a la meditación, y aquel bosque hondo y fresco, lleno de vida y misterio, en cuya más profunda espesura se encontraba un lago, de agua lilácea, fría, circundado de piedra cubiertas de musgo. Por doquier, se alzaban los pinos, con sus sombrías copas tendidas hacia el cielo. Los chicos pescaban en el lago peces y los cocían o asaban luego en unas brasas; estaban riquísimos.

Allí le gustó a Volodia una chica de la ciudad; se llamaba Alionka y era de otra escuela. De Alionka estaban enamorados muchos chicos, pero ella solo le dijo a Volodia al despedirse:

—Ven a casa. ¿Vendrás?

«¿Vendrás?» lo preguntó ya quedo. Y, bajando las pestañas, le dictó sus señas; él las escribió. Volvieron todos a la ciudad. Volodia se disponía todos los días a ir a verla, pues aquel «¿vendrás?», pronunciado en voz queda, le llamaba acuciante; soñaba con él por las

³ Los *koljoses* eran las granjas colectivas en la URSS donde los campesinos trabajaban la tierra de forma comunal.

noches, y con aquellas pestañas bajadas. Sentía miedo: cuando llegase, ¿qué le diría?, ¿qué le contestaría ella?... ¿Qué palabras debían suceder a aquel «vendrás»? ¿Qué rayito de luz debía aparecer, y a través de las pestañas bajadas, para que se cumpliesen las desconocidas, radiantes promesas hechas en el instante aquel y él no saliese de allí abatido, desolado?...

Las llamadas en la noche eran fuertes, y Volodia se decidió a ir a verla.

Cuando se preparaba para la visita, observó que los pantalones se le habían quedado terriblemente cortos. Y las mangas también. No se había dado cuenta de cómo crecía, y de pronto veía que las piernas le asomaban casi hasta las rodillas.

«No puedo presentarme ante ella con estas trazas», pensó.

Pero no tenía otros pantalones.

«Ni en ninguna parte», añadió mentalmente.

—Eso es del aire puro y del pescado fresco —explicaban las letonas.

Y dejaron de mostrarse ante él medio desnudas. Compraron tela y dividieron la habitación. Cuando Volodia tenía que acostarse o levantarse, ellas se retiraban, detrás de las cortinas.

«Soy el doble de fuerte que mamá —se decía, mientras partía leña—. El triple, y sin embargo, ella

me mantiene. Yo preparo la sopa y parto la leña que traen las letonas, y voy hecho un mamarracho».

Antes de la guerra, el padre les ayudaba. Pero desde que salieron de Leningrado, no tenían de él la menor noticia. A las cartas no contestaba. Tal vez no estuviese en Leningrado.

Quizá no estuviese entre los vivos.

«Basta de infancia», pensó Volodia, descargando con furia un hachazo sobre un leño.

Dejó el hacha y se miró la mano: no era grande, pero sí fuerte; remate de un brazo musculoso y moreno, tenía unos callos en el índice y en la rosada palma, adquiridos en el koljós. Era una mano de hombre, propia para el trabajo...

Una lluviosa mañana de octubre, se dirigió a buscar empleo a sus fuerzas.

A la entrada de un jardincillo, había unos tableros indicadores de los sitios donde se necesitaban obreros. Con las manos en los bolsillos —cortas las mangas, cortos los pantalones—, Volodia leyó cuanto había escrito en la mojada, ennegrecida chapa de madera...

7

En el Soviet urbano, la persona encargada de colocar a los adolescentes envió a Volodia a unos cursillos de mecánica. Enseñaron allí a Volodia las nociones

del oficio y lo mandaron a una fábrica de material de guerra.

La fábrica se encontraba lejos de la ciudad. Había que ir a ella en tren, y luego en autobús, a través de bosques y arboledas. Se daba el pomposo nombre de autobús a un camión con un toldo de lona impermeabilizada; unos iban sentados en unos bancos, a lo largo de los costados, y otros en el suelo del vehículo.

A Volodia le habían dado ropa enguatada, unas botas de fieltro y un gorro de soldado, con orejeras. Por sus manos pasaban piezas de un mecanismo sin denominación alguna. Decían, por ejemplo: Hoy hemos hecho la diez y seis del complejo B-7.

El taller donde trabajaba Volodia era el número dos.

Todo aquello daba a la empresa un carácter misterioso e importante, pero a cada momento les hacían descender de aquel elevado mundo numerado para dedicarlos a vulgares trabajos, de lo más terreno. Si se estropeaba la conducción de aguas de la barriada, Rom decía:

—Vamos, Volodia, a ver qué pasa allí.

E iban a soldar tubos y a poner arandelas.

Cuando se edificó una casa de baños con una lavandería mecánica, la fábrica designó a una brigada de jóvenes —bajo la dirección de Rom— para que montase las cañerías de aquel combinado.

En todos los lugares del mundo se destruía, y allí se construía.

El combinado era grande y lujoso como un Palacio de Cultura.

En aquellas obras se casó Rom. Su mujer, Zina, era estuquista. Y ambos decidieron instalarse allí hasta que a Rom le dieran vivienda. Zina revistió las paredes de una habitacioncilla del piso alto. Rom puso en ella una estufa de hierro e hizo con unas tablas dos tarimas —una para que sirviese de cama, otra para que hiciese las veces de mesa— y unos taburetes. Rom era maestro en todos los oficios; en cuanto a materiales, los había de sobra. Sentados en los taburetes, tomaban el té, en la habitacioncilla hacía calor y se sentía humedad; el piso, de madera sin pintar, estaba manchado de cal, de las pisadas. «Cuando empiecen los trabajos de revestimiento interior —decía el matrimonio—, nos trasladaremos al edificio de la escuela técnica. Ya lo han techado; pronto se podrá vivir allí. Y más adelante, ya veremos. Tal vez vayamos a Leningrado o a Soróchintsy, el pueblo de Zina, descrito por Gógol». Eran dichosos e invitaban a todos a visitarles.

Pero Zina cayó enferma. Murió en el hospital y la enterraron en un pequeño cementerio, en la linde del bosque. El entierro fue solemne, de la ciudad trajeron coronas con cintas. Mientras pronunciaban los

discursos, Rom permaneció descubierto ante la tumba, pasmado de frío y de dolor, inmóvil y azulenco el rostro de chiquillo. Nunca tuvo suerte. Todos sus familiares habían muerto en Leningrado, el padre había desaparecido en el frente y no se tenían noticias de su paradero, y, por añadidura, Rom, aunque se mostraba siempre animoso y se hacía el valiente, estaba enfermo del corazón. Su mujer, a la que quería mucho, era algo mayor que él. Y él sólo tenía diez y ocho años.

Cuando volvieron del cementerio, se derrumbó sobre la tarima, de espaldas a todos. Los muchachos se sentaron a su lado en silencio. Uno de ellos trajo unos tarugos y unas virutas y encendió la estufa. Junto a la pared, estaba el baulillo de madera de Zina. Alguien dijo en voz baja:

—Habría que enviárselo a la madre.

En las habitaciones contiguas, de manchados suelos, sin puertas, llenas de luz resonaron intensamente unos pasos, cada vez más cercanos. Entró Bobrov. Saludó a los muchachos con una inclinación de cabeza, calentóse las manos sobre la crepitante estufa y se acercó a la tarima:

—Rom; oye, Rom.

—¿Qué pasa? —preguntó el muchacho con rudeza.

—No debes estar echado ahí.

—¿Y qué quiere usted que haga?...

—Vamos adonde haya gente.

Con su única mano, dio unas leves palmadas a Rom en la espalda; un claro mechón asomó bajo el gorro.

— Anda, Rom. Vamos a la vivienda colectiva. ¿No te parece? ¡Vamos allá!

Rom se levantó y, con el mismo rostro inexpresivo, estupefacto de la pena, echó a andar junto a Bobrov. Los muchachos, sin preguntar nada, tomaron las cosas de Rom y el baulillo de Zina y les siguieron.

8

La vida de Volodia, sus afanes y amistades, todo estaba ahora en la fábrica.

De Alionka solo se acordaba de tarde en tarde. Y había en aquellos recuerdos un sedimento amargo.

A la madre le escribía de vez en cuando. Tardó en ir a verla. No lo hizo hasta las fiestas del Primero de Mayo.

Al llegar, primeramente encontró a las letonas, que guisaban en la cocina. Le saludaron sonrientes y le preguntaron qué tal vivía. Luego, entró en la habitación. Allí estaba la madre. Sus ojos se posaron en él, alarmados, suplicantes. Estaba con ella un capitán, hombre ya entrado en años, calvo. En la mesa había

una botella de vodka y unos entremeses.

—Es mi hijo —profirió la madre, más roja que la grana.

El capitán llenó de vodka una copa y se la ofreció a Volodia. La madre empezó a preguntarle. Lo hacía distraída y era poco probable que comprendiera bien lo que él respondía. ¡Y él que se figuraba que iba a darle un enorme alegrón con su llegada!

En aquellos momentos no estaba para ocuparse del hijo. Volodia había venido a molestarles cuando se hallaban los dos a solas, a impedirles hablar en intimidad. Lo advirtió por algunas frases sueltas de aquella conversación frustrada, que prometía ser tan cautivadora. La madre reía, brillantes los ojos, aunque no había ningún motivo de risa. Volodia se sentía abochornado por la conducta de ella, le era repulsivo aquel capitán calvo, de abotargadas mejillas, pero le daba vergüenza marcharse, mostrar que lo había comprendido todo. Por fin, dijo:

—Me voy al cine.

La madre se alegró. Sin embargo, para guardar las formas, repuso:

—¿Encontrarás billete?

El capitán, echando una bocanada de humo, observó de reojo cómo Volodia se marchaba.

En el cine no había entradas, y Volodia pasó el res-

to del día en casa de un camarada de la escuela. A la noche volvió, el capitán no estaba ya allí. La madre vagaba por la habitación, añorante y triste. Después de hablar un poco, se fueron a acostar.

El tren partía a las cinco de la mañana. Volodia se levantó a las cuatro; sabía despertarse a la hora precisa, sin necesidad de despertador... Ya había amanecido. Tras las cortinas, roncaban las letonas con brío. La madre, apoyada la cara en las manos unidas en actitud sumisa, dormía. Sus cabellos, sobre la frente, estaban enrollados en unos papelitos, para que se ondulasen. Con enojo, compasión y pena, Volodia contempló al marchar aquel rostro y aquellos brazos delgaditos...

Hasta el otoño no volvió a visitarla. No la encontró en la vivienda; las letonas le dijeron que había ido a una casa de reposo.

—No se siente bien.

Al decirlo, las letonas se mordieron los labios. Solo llevaban ya en los dedos un anillo cada una, el de bodas, los demás los habían vendido para seguir viviendo. Sus pellizas estaban raídas, viejas. Pero su estado de ánimo era excelente.

—Ahora, ¡pronto volveremos a nuestra tierra! —decían—. ¡Oh, Riga! ¡Riga es la ciudad más bonita del mundo! Cuando vuelvas a Leningrado, ve a Riga, a pasar unos días con nosotras. Está cerca, al lado.

Desde aquella lejanía, parecía en efecto que Riga se encontraba a unos pasos de Leningrado, casi en sus afueras.

«¡Volver a Leningrado!». Aquello constituía el afán de Volodia, de Rom, de todos los leningradenses. Pocos eran los que decían: «Quiero quedarme aquí». A más del cariño a su ciudad —que en aquellos años se había convertido en un amor apasionado, entusiasta— contribuían seguramente a tal anhelo factores psicológicos. Habían partido en días penosos, amenazadores, cuando el enemigo avanzaba por tierra y aire, tomando una ciudad tras otra. La evacuación era signo de desventuras, de incertidumbre, de derrumbamiento de la vida. Mientras que ahora los fascistas eran lanzados hacia atrás, hacia occidente. Y el altavoz, que cantaba, tocaba música o hablaba de continuo, callaba por unos instantes, y la gente callaba también ante su silencio.⁴ Se expandían unos tenues sonos

⁴ En el cuento *Valia* también se hace referencia al altavoz. Dice así: «En el patio, bajo el arco de la entrada, se instaló, asomando su boca negra, un altavoz de radio. Con voz de trompeta que resonaba en todas las viviendas, daba los partes de guerra, pronunciaba discursos, cantaba, gritaba consignas. Lanzaba un espantoso alarido prolongado cuando había que refugiarse en el sótano. E incluso cuando, a veces, después del continuo discursar, de los constantes alaridos y canciones, se callaba por unos momentos, seguía latiendo sonoro, con fuerza su corazón infatigable».

de atención, fragmentos de una misma melodía: las primeras notas de la canción «Ancho es mi país querido». Se repetían varias veces, llamando, congregando a la gente ante el altavoz; luego, solemne e imperiosa, resonaba una voz conocida: «¡Habla Moscú!». Las órdenes del Mando Supremo vibraban potentes, anunciando victorias. Mencionábanse de nuevo ciudades tras ciudades, pero ya no seguía a ello el dolor, la perplejidad ni la ira, ¡sino las salvas de honor de cien cañones, con sus luminarias de victoria! Acababa de ser liberada Poltava. Pronto le llegaría el turno a Kiev. Y la vuelta a la tierra natal significaba que los males quedaban atrás y las gentes se quitaban un terrible peso de encima; aquello se acababa y podían decir: «Seguiremos viviendo, hemos vuelto a nuestros lugares, ¡todo marcha bien, hermanos!».

Por eso les tiraba tanto a todos la tierra en que nacieran, por eso Volodia y Rom decían por las noches en sus camas de la vivienda colectiva:

—Oye, ¿te acuerdas de la Nevski, con sus iluminaciones?

—¿Por qué solamente con las iluminaciones? Sin ellas, y hasta con lluvia y barro, estaba preciosa. Todo le sentaba bien.

—¿Y te acuerdas de los gallardetes en los puentes, los días de fiesta? Los gallardetes rojos flameaban al viento...

—¿Y de las esfinges en el Neva? Son esfinges auténticas. Las trajeron de África.

—Sí. Tienen miles de años.

—¿Has pescado alguna vez en la isla de Vasílievski? Yo sí. ¿Y te has bañado cerca de la fortaleza de Petropávlovsk? Yo sí.

—Nosotros vivíamos en otro distrito. Eso caía lejos. En cambio, el Smolny estaba cerca de casa. ¿Y a qué cine ibas más? ¿Al «Gigante» seguramente?...

Rom, por su carácter, tenía forzosamente que encariñarse con alguien. Después de la muerte de Zina, le tomó afecto a Volodia. La diferencia de años no era obstáculo para su amistad. La cara de Rom, pequeña y de menudas facciones, parecía más infantil que la de Volodia, su estatura era menor que la de este.

Incorporado en el lecho, apoyada la barbilla en el pequeño puño, Rom iba enumerando:

—Los muertos. Los heridos. El bloqueo. Los desaparecidos. Los campos de la muerte. Añade a eso, los que fueron llevados a Alemania, al cautiverio. Y calcula.

—Sí, claro.

—¡Cuánta gente! Da espanto, ¿verdad?

—Sí, claro.

—¿Y qué consecuencias prácticas tendrá todo esto? ¿Qué crees tú?

—¿Consecuencias?...

—Para el país, para la gente.

—Hitler *kaputt*, el fascismo *kaputt*, ¿te parece poco?

—¿El fascismo *kaputt*?

—Desde luego.

Rom se quedó un momento pensativo y dijo:

—Para mí es poco.

—Mira, recapacita bien en lo que es el fascismo, y di luego si eso es poco para ti; puede que tengas bastante.

Rom guardaba silencio. Volodia agregó:

—Además... ¿Y lo de que construiremos el comunismo?

—El comunismo, antes de la guerra, lo construíamos también. ¿Qué pretendo yo, según tú: que la gente ha pagado ya de sobra, con esta guerra, para que nunca haya más guerras?

—Oye tú, jefe de la brigada —dijeron desde las camas vecinas—, duérmete ahora y danos mañana una conferencia en el club si quieres.

—¿O es que la gente no ha pagado todo aún? —preguntó Rom en un susurro—. ¿Tendrá que pagar más todavía?

Volodia, tras unos instantes de meditación, repuso:

—No lo sé.

Al fin había llegado carta del padre. No venía dirigida a la madre, que le escribía y lo buscaba, sino a Volodia, a la fábrica. El padre aprobaba la vida independiente que había elegido Volodia (la madre se lo había comunicado); él también había empezado a vivir por su cuenta a edad temprana. Le expresaba sus deseos de que Volodia, en el nuevo camino emprendido, no olvidase la necesidad de continuar los estudios. En cuanto a él, decía que trabajaba en el mismo hospital de antes. Respecto a su familia, estado de salud y si vivía o no, ni una palabra. Consideraba sin duda que aquello no le importaba a nadie y no había por qué comunicarlo. Bien, quizá tuviese razón.

9

La madre dio luz a una niña.

Antes de que ocurriera aquel suceso, el capitán había dejado de aparecer por la casa. Su mujer había venido. Se presentaba con frecuencia en la vivienda de la madre y se quejaba, llorando, a la patrona y a los vecinos, y todos juntos arremetían contra la madre, acusándola de haber destrozado una familia. Las letonas, hartas de tantas molestias, alquilaron otro domicilio. La patrona, que tenía al marido en el frente, decía que las mujeres pervertidas se aprovechaban de la guerra;

a ellas les venía muy bien que los maridos estuviesen separados de sus mujeres; la guerra era ventajosa para tales pendones, y mientras ellas se entregaban a sus vicios, se vertía la sangre humana.

La propia patrona le contó también todo a Volodia. Este se apresuró a escapar de sus relatos, pero no pudo defender a la madre. Él no tenía la menor idea de los argumentos que se suelen emplear en tales casos. Además, ¿cómo iba a defenderla cuando en su fuero interno la condenaba? La condenaba con bastante más severidad que aquellas sencillas mujeres.

La madre, confusa y desconcertada, iba y venía por la habitación, esforzándose por demostrar, sin embargo, que no había ocurrido nada de particular.

—Ya ves, Volódchinka⁵ —le dijo—, qué novedad...

—¿Cómo se llama? —preguntó Volodia.

Pues la cosa, con censuras o sin ellas, no tenía ya remedio; había que aceptar el hecho consumado.

—Tómočka, Tamara. Bonito nombre, ¿verdad?

—Bonito.

Volodia no comprendía. Se podía querer a la bella y dulce Alionka. Pero no era posible amar al capitán calvo, de abotargadas mejillas. Y al pensar que su madre había amado al capitán calvo y dado a luz una niña, de él, se indignaba, porque aquel pensamiento

⁵ Diminutivo de Volodia.

contradecía el concepto juvenil, sano, respetuoso, que Volodia tenía del amor, de la belleza del amor. (Aquello con que tropezaba a veces en la vivienda colectiva era asunto aparte, miserias de la vida). Las pestañas pudorosamente bajadas, los besos, los sueños en la noche eran propios de la juventud, de la maravillosa lozanía del cuerpo y el alma. Entre las personas de más edad, ya maduras, bien estaba el respeto mutuo, el afecto, la camaradería, pero no el amor.

Había necesidad de ir a la farmacia. A Volodia le daba vergüenza salir a la calle. ¡A aquella calle donde todos se conocían! Sombrío, centelleantes los ojos, fue para allá.

Al volver, halló en la cocina a la patrona, que le dijo, lo más fuerte que pudo:

—Ahí tienes, tú trabajas en la defensa, y ella, ¿pensaba en ti acaso? Pensaba solo en sus galanteadores.

—Bueno, basta —la atajó Volodia.

La madre, de rodillas ante la cama, lloraba.

—Soy culpable ante todos. Ante ti, ¡ante ella soy culpable!

Se refería a la niña. La nena yacía en la cama, sin pañales, agitando en el aire las alzadas piernecitas, diminutas, combadas.

—Volódichka —prosiguió la madre, con voz entrecortada por los sollozos—, tú haces reproches a tu

padre... ¡Si supieras, Volódichka, lo culpable que soy yo ante él!

Y luego de tomar sus manos y acercar a ellas el rostro, humedecido por las lágrimas, empezó a contarle cómo vivía. Por la mañana temprano, llevaba a Tómo-chka a la casa-cuna. Estaba lejos, en el extremo opuesto de la ciudad. Llegaba rendida a la Caja de Ahorros, le daban mareos, la cabeza no le funcionaba bien, y se equivocaba en el trabajo. Iban a despedirla; la habrían despedido ya, de no ser madre lactante. Y lo más espantoso era que, cuando le hacían alguna observación, en lugar de reconocer sus equivocaciones y pedir que la perdonasen, se irritaba y respondía con rudeza. ¿Verdad que nadie lo diría? Pero así era, se había vuelto muy nerviosa. Trataba groseramente a las personas que se compadecían de ella y la mantenían en su empleo, a pesar de que debían haberla despedido hacía tiempo. Y allí, en la casa, la odiaban. Cada vez que iba a la fuente, las mujeres se apartaban de ella, dejándole libre el paso; luego, mientras llenaba la vasija, permanecían aparte, mirándola en silencio. Y al marcharse, oía que murmuraban de ella. No se atrevía ni a pintarse los labios, pues empezaban a decir que se disponía a quitarle el marido a otra. ¡Oh, cuánto anhelaba irse de allí! ¡Volver a Leningrado donde nadie sabía nada! En Leningrado la gente había sufrido tanto, que nadie

le preguntaría y hasta se alegrarían seguramente al ver una criaturita, una nueva vida donde tantas personas habían muerto...

Y la madre gritaba, como delirando:

—¡No quiero vivir! ¡No quiero vivir!

—De momento, hay que buscar aquí otra habitación—le aconsejó Volodia, percibiendo con miedo, en sus manos, el apresurado latir de las venas en la ardiente sien de ella.

—¿Crees que eso es tan fácil? ¿Crees que no lo he intentado? Nadie me admite con la criatura. O piden mucho dinero... Además, de todos modos, esa mujer iría a buscarme adonde yo fuera. Viene a menudo, so-livianta a todos contra mí, como si a ella no le hubiera podido pasar lo mismo. ¡Ella podía estar también sin marido!

—¿Y si escribiéramos al padre?

—No. Yo no puedo hacer eso.

—No tiene nada de particular pedirle que te llame.

—Él no me llamará —aseguró con desesperación—. Se alegra de que estemos aquí y no en Lenin-grado.

Las piernecillas de Tómochnka acabaron por distraerla de sus penas. Empezó a atrapar con los labios los piecitos de la nena y a besárselos. Se los besaba hecha un mar de lágrimas todavía, riendo bajito, te-

merosa de que la patrona la oyese y la censurase por su risa. Entretanto, Volodia pensaba qué sería de ella en adelante y en cómo ayudarla...

10

Le escribió al padre diciéndole que la madre vivía mal en N.; estaba enferma, cansada, y debía llamarla y mandarle dinero para el viaje. El dinero ella se lo devolvería cuando regresase a Leningrado y vendiese algunos de sus muebles.

El padre contestó con bastante rapidez. La carta reflejaba irritación. Leningrado no era ningún sanatorio, y la vida allí no era a propósito para reponer la salud. En N. había policlínicas y médicos de primera clase, y podía uno curarse de lo que fuera. En cuanto a lo del cansancio, todos estaban cansados, ¿verdad? En fin, que lo mejor de todo era que Volodia no se inmiscuyera en las relaciones entre el padre y la madre, relaciones que se habían establecido así, y no de otra manera, por motivos que Volodia desconocía.

Volodia respondió que estaba de acuerdo en no mezclarse en las relaciones de nadie, pero le pedía al padre que le llamase a Leningrado; una vez allí, él se ocuparía de los asuntos de su madre.

Como no recibió contestación, volvió a escribir lo mismo y envió la carta certificada.

Entretanto, se marchó Rom. Tenía en Leningrado un tío segundo, que le había llamado allá —pues existen en el mundo tíos tan buenos como aquel—, y Rom se fue con el corazón escindido por la entusiasta fidelidad a Leningrado y el apego a la fábrica, donde había conocido la dicha y el dolor y dejaba una tumba querida, en la linde del bosque, más allá del aeródromo...

Volodia seguía esperando la respuesta del padre, pero la madre había perdido todas las esperanzas, no confiaba ya en nada bueno.

Siempre andaba malucha, había envejecido, tenía los ojos hinchados. Por las mañanas, le costaba trabajo levantarse, sentía ahogos. Seguía llevando a Tómo-chka a la casa-cuna, y luego, arrastrando los pies, se encaminaba hacia el trabajo.

En cambio, Tómochka era ya una nena graciosa, buenecita, de sonrosado y gordezuelo cuerpecillo, pues la alimentaban en la casa-cuna y le daban vitaminas.

Volodia decidió marcharse sin llamada alguna. Seguramente, no le permitirían dejar la fábrica; nadie quería ni oír hablar del asunto en tales momentos. Pero después de muchas gestiones en vano, tuvo la buena idea de acudir a Bobrov, y la cosa empezó a arreglarse. Tal vez se hubiera arreglado también acudiendo a otras instancias. Bobrov no era la última instancia, pero era la persona a quien Volodia, cuando

le preguntase: «¿Por qué quieres irte de la fábrica?», podía contestarle: «Porque tengo que echar una mano a mi madre, desde Leningrado, para que vaya allí. Se encuentra en un gran aprieto».

—¿De qué índole? —preguntó Bobrov. Y Volodia tuvo valor para referirle la situación en que la madre se hallaba. Para contárselo a otro, le habría faltado coraje, las palabras se le habrían quedado en la garganta.

—Y en casa, como suele decirse, hasta las paredes curan, ¿verdad? —repuso Bobrov—. Bueno, ven a verme dentro de un par de días, y yo te diré lo que hay que hacer.

Era hombre a quien se le podía contar todo en la seguridad de que iría inmediatamente a ver a los jefes, por muy altos que estuvieran, y les diría: «Hay que dejar marchar al muchacho. Es preciso, es preciso. Siempre que sea posible, hay que hacerse cargo de la situación de la gente. Examinándola en el aspecto humano, en el de la empresa, en todos los sentidos que se quiera, pero hay que hacerlo».

Todo el mundo necesitaba, en los momentos difíciles, tener cerca a un hombre como Bobrov.

Y Volodia creía tan firmemente en él, que le escribió a Rom: «Pronto estaré ahí. ¿Cómo andáis de trabajo? Procuraré marchar dentro de dos o tres días». Pero hasta que Bobrov convenció a los jefes, transcu-

rrió una semana y media, y otro tanto se necesitó para formalizar la salida de la fábrica.

—¡Ea, que tengas suerte! —le deseó Bobrov al despedirse—. No guardes mal recuerdo de los uraleses, escribe cómo has llegado, en qué trabajas, y dale recuerdos a Rom...

—Bueno —dijo Volodia, presentándose en la vivienda de la madre—, me voy.

Ella se estremeció, mientras su rostro se ponía radiante: el viaje del hijo a Leningrado era un fausto acontecimiento que infundía de nuevo esperanzas; ahora, ella también podía esperar cambios.

—¿Me escribirás en seguida?

—Naturalmente.

—¡Esperaré tus cartas con tanta ansiedad! —afirmó, mirándole con admiración y confianza, como una niña a una persona mayor.

Hasta bien entrada la noche, estuvieron ambos conversando quedo, haciendo planes. La madre le repasó la ropa a Volodia y se la puso en el morral.

11

Tomó el tren, sin billete. Al principio, todo había ido bien, pero luego el revisor, después de quitarle los documentos, lo había dejado en el vagón de oficiales,

en manos de la camarera y de la encargada del mismo, y Volodia llevaba dos días en el tren, esperando de continuo que lo apeasen en la estación siguiente.

Únicamente cuando, pasado Voljovstrói, apareció el revisor y, sin decir palabra, le devolvió los documentos, comprendió Volodia que sus temores eran vanos: le llevarían hasta Leningrado.

12

La vieja casa de la calle Degtiárnaya que había envejecido aún más durante aquellos años, se mantenía en pie caduca, ceñuda, sin hacerle a Volodia el menor ademán de saludo ni ver que se aproximaba. Casi todas las ventanas estaban tapadas con chapas de madera; los cristales que quedaban enteros tenían tiras de papel, cruzadas en aspas castaño-amarillentas, como chamuscadas al fuego. Las habían pegado allí los que luego se fueron o perecieron.

En la escalera, oscura como boca de lobo, no se veía ni gota. Pero Volodia recordó que hasta el piso bajo había cuatro escalones y once en cada tramo; sin agarrarse al pasamanos, subió hasta el cuarto piso.

Apretó el timbre. No funcionaba.

Dio un golpecito; después, otro. Nadie contestaba.

Sacó la llave y abrió a tientas. Entró en la vivienda,

vacía, gélida, sumida en las tinieblas.

Chasqueó el interruptor, pero la luz no se encendió. O se había fundido la bombilla o la habían desenchufado; también podía ser que no hubiera corriente.

Palpando la pared, halló la puerta de la habitación y la alumbró con el encendedor.

¿Por qué tenía un candado? Era pequeño y estaba sujeto con unas armellas. Ni la madre ni él lo habían puesto al dejar la casa; habían cerrado simplemente con llave. Nunca había tenido su puerta candado ni armellas.

Oscilaba la llamita del encendedor.

¿No sería aquella? ¿Se habría equivocado?

¡Qué se iba a equivocar! La puerta era la misma, la primera. En aquel piso había vivido él desde que tenía uso de razón.

Con un cortaplumas escarbó en la madera y sacó una de las armellas; la puerta se abrió. En su ausencia, alguien había entrado, saltando la cerradura, y al marcharse, había puesto el candado aquel. El visitante no debía haber sido un ladrón, pues en tal caso habría dejado la puerta abierta de par en par, sin perder tiempo en asegurarla para otros.

Sin embargo, la habitación estaba vacía. Habían arramblando con todo. Solo quedaba la cama de mamá. Y en ella habían dormido: estaba sin hacer. La

almohada estaba chafada; la manta, revuelta.

¿Quién viviría allí?...

Pero el abandono reinante en la habitación, el hueco resonar de los pasos, la muerta desnudez de las paredes, la escarcha en el alféizar de la ventana decían que la pregunta era absurda. ¿Quién podía vivir allí?

La ventana estaba tapada con chapa de madera. Su montante conservaba los cristales, con las aspas de papel; sucios, apenas dejaban pasar la luz.

A los débiles albores del nuevo día, Volodia percibió que tanto la manta como la chafada almohada estaban cubiertas de una capa de polvo.

El polvo aquel era viejo, de esos que, en cuanto se les toca con la escoba, forman una compacta pelusilla gris.

Alguien había vivido allí hacía tiempo, en ausencia de ellos.

Y ese alguien era el que había descerrajado la puerta. Él había traído la manta aquella, ajena, y se había instalado en la habitación. Procurando conservarla en orden, había tapado la ventana con chapa de madera, luego de barrer los añicos de los cristales, que estaban allí, amontonados en un rincón, junto con el polvo y la basura.

Más tarde, quizá hubiese muerto en aquella cama.

Y los que le enterraran debieron decirse: «El dueño

de la habitación ha muerto, ¿no es una pena que se pierdan sus enseres domésticos? Mejor será llevármolos y aprovecharlos mientras estemos vivos».

En cuanto a la ropa de cama del difunto, seguramente les dio repugnancia...

Solo una cosa no estaba clara: ¿Por qué razón, después de llevarse todo, habían puesto el candado?

Volodia no tenía apego a los trastos ni a los trapos, aquello era lo de menos. Además, como dice el refrán, entre la gente de uno, hasta la muerte es bella. Después de las destrucciones que había visto por el camino, ¿iba a afligirse por unos mueblecillos? Y máxime siendo bastante malejos. Pero, a pesar de todo, al pensar que la madre vendría con Tómočka y no encontraría más que la cama, quedó muy preocupado...

A sus espaldas se oyó un susurro. Se volvió: una vieja desconocida había entrado en la habitación.

—Perdone. He sentido ruido... ¿Quién es usted?

—Soy de Leningrado. Acabo de llegar. ¿Vive usted aquí?

—En la habitacioncita de al lado... ¿Es usted Volodia Yakubovski?

—Sí. ¿Y no sabe quién ha vivido en nuestro cuarto?

—No lo sé, hijito. Desde que yo estoy aquí, nadie. Y yo no he tocado nada tuyo. Hasta tenía miedo de entrar. Limpié mi habitacioncita y en ella vivo. Hace

ya más de un mes. Mi hijo gestionó para que me la dieran. Es inválido de la Guerra Patria. Se casó, vive en la casa de su mujer, y gestionó para mí este rincón. Yo soy de Krásnoie Seló y me he pasado toda la guerra en la ciudad, de casa en casa ajena. En Krásnoie Seló yo tenía mi casita, pero ya no la tengo. Allí hubo un combate muy grande cuando lo volvieron a tomar; cuentan que los tanques nuestros estuvieron toda la noche pasando por Krásnoie. ¿Cómo se iba a salvar mi casita? Mi hijo me consoló: No te apenes, madre, que esto tiene remedio, ya haremos una nueva —la vieja no lloraba, parecía contar aquello con satisfacción—. Me acerqué a la panadería y, al volver, oír ruido. Han vuelto los dueños, me dije. Tengo una notita para ti. Anteayer vinieron y la dejaron.

«Es de Rom», pensó Volodia.

Era de Rom, en efecto.

«Volodia —decía la nota—: Es una lástima que no hayas venido todavía. Tu presencia es imprescindible para arreglar el asunto definitivamente. Tu cuarto está en un abandono abominable, y hay que resolver este problema con urgencia. En fin, ven a mi casa *inmediatamente*. Esta semana trabajo en el segundo turno, de modo que durante el día me encontrarás a cualquier hora. Si no me encuentras, la llave está en el armario del recibidor. Entra y considérate en tu casa. Ten-

go casualmente en el bolsillo un candadito con dos armellas, y he decidido ponerlo, pues tu habitación, abierta, da la impresión de no tener dueño. Le dejo la llave a la abuela. Que este candado sea el comienzo de tu instalación. Te saluda R».

Apenas la leyó, se sintió más animado y alegre.

—Y aquí tienes la llave —le dijo la vieja.

Rom vivía en la calle Pushkárskaiya. En su domicilio había también chapas de madera en lugar de cristales, pero allí ardía una bombillita, el suelo estaba fregado, la estufa encendida y sobre ella se calentaba una tetera, mientras el altavoz cantaba arrogante: «Toreador, torea con valor...». Rom tenía muebles, y leña, cuidadosamente apilada entre el diván y el estante de los libros.

—Por lo que veo, ¡no te falta nada en casa!

—¿Crees que iba yo a vivir de cualquier manera? Ahora tomaremos el té. Estás hablando con un obrero de la Fábrica Kírov. Y además de que allí se nos atiende muy decentemente, has de tener en cuenta que en todas partes hay una porción de gente que no sabe hacer nada con sus propias manos. ¡Si vieras cómo viven! Hay nulidades que no son capaces ni de cambiar los plomos de la luz... Ayer, a un científico que vive en el tercer piso le arreglé el baño, y el hombre me dio la mitad de su tarjeta especial de racionamiento; no sé si

de la clase A o B.

Rom preparó té, sacó salchichón y cortó unas rebanadas de pan. Todo en menos que se cuenta.

—Hoy mismo, en caliente, veremos al contraamaestre. Antes de empezar el turno, que te conozca y te haga las preguntas que necesite. Yo ya he hablado con él. No es mal viejo. Es amigo de Kalinin.⁶ Kalinin trabajó en nuestra fábrica, ¿no lo sabías?

Y empezó a contarle la historia de la fábrica durante el bloqueo.

—¿Pero a dónde vas?

—A resolver un asunto.

—Oye, de momento, quédate a vivir conmigo.

—Tal vez...

—La verdad es que lo que tú tienes no es casa. Vive conmigo. Y luego, conseguiremos unos cajones, y te haré todos los muebles que necesites.

Acordaron que se encontrarían a la puerta de la fábrica, a las doce en punto.

El hospital estaba en la calle Kírochnaiya, junto al Museo de Suvórov.

Era la hora de las visitas a los enfermos. En el vesti-

⁶ Mijaíl Kalinin (1875-1946), revolucionario bolchevique y obrero metalúrgico. Participó de las revoluciones de 1905 y 1917. Llegó a formar parte del Comité Central del PCUS y de su Politburó, y fue el primer presidente del Presídium del Sóviet Supremo entre 1938 y 1946.

bulo se agolpaban las mujeres, con redecillas repletas. Volodia le preguntó a la encargada del guardarropa cómo podría ver al doctor Yakubovski.

—El doctor Yakubovski no está. Está enfermo.

—¿De gravedad?

—Eso no lo sabemos nosotros. ¿Quién es usted?
—la encargada del guardarropa le observaba con curiosidad.

—Un pariente suyo.

—Se ve a la legua. Parece totalmente hijo de él.

Las tempranas sombras del crepúsculo invernal se extendían ya por doquier. Caía una nieve menuda, soplabla el viento.

Unas vallas rodeaban las casas destruidas. Algunas asomaban sus cuencas quemadas por encima de las cercas.

En la Fontanka, a lo largo de la verja del malecón, la nieve se había acumulado formando una alta barrera.

Sin frondas, desnudo y cerrado, negreaba el Jardín de Verano. Volodia recordó que allí había unos viejos tilos, cuyos troncos tenían agujeros empastados como muelas cariadas. Cuando él era pequeño, solía detenerse ante aquellos troncos intrigado y conmovido por la solícita atención que el hombre prestaba a los árboles achacosos. También ahora, al pasar, sonrió

desde la calle a los tilos, que alzaban tras la verja sus erizadas ramas sin hojas. El hombre empastaba los agujeros del árbol. El hombre llevaba en tren a otro hombre que no tenía billete. El hombre le decía al hombre: «Vive conmigo».

Había arreciado el viento; los remolinos de nieve eran más raudos y más densos.

Cuando Volodia llegó a la casa de la calle Moika, donde vivía el padre, la madrastra salía. Estuvieron a punto de tropezar uno contra otro en la puerta. Ella llevaba un gorrito bajo, de piel. Él no la había visto más que una vez, y sin gorrito. A pesar de ello, reconoció al instante aquel rostro alargado, de pómulos salientes y estrechos ojos bizcos que fulguraban ante él a través de la oblicua red de la nieve.

Ella siguió su camino, sin reconocerle. Y él se alegró de que se hubiera ido, pues así no estaría entrando y saliendo, a pretexto de servir el té, para escuchar la conversación con el padre.

13

—Buenas noches —dijo Volodia.

El padre le había abierto, en zapatillas, con chaqueta de casa. Estaba más delgado.

—¡Volodia! —exclamó—. Pasa. Buenas noches.

Se dieron la mano.

—¿Hace mucho que llegaste? Has hecho muy bien en venir.

Las últimas palabras se las podía haber guardado, ¿verdad? Pues, al fin y al cabo, era su hijo el que llegaba. ¿No era, acaso, lo más natural que viniese a casa del padre?

Volodia colgó en el perchero el enguatado chaquetón mojado. Pasaron al despacho y se sentaron.

—¡Cuánto has crecido! ¡Ya eres un hombre hecho y derecho!... ¿Cómo está tu madre?

—Vive aún. ¿Recibiste mis cartas?

—Sí. Pero, ya ves, estoy enfermo. Aunque ahora me voy ya reponiendo... Bueno, ¿cómo estás tú, qué es de tu vida? Cuéntame.

También en aquella entrevista se alzaba entre los dos una embarazosa tirantez, como una barrera imposible de saltar. El padre permanecía con los ojos entornados, y el hijo no creía que le interesase su vida, por lo que las palabras se le atravesaban en la garganta, igual que cuando intentaba hablar de sí mismo a los extraños. El padre había abandonado a la madre, y aquel agravio continuaba clavado en el alma del muchacho, aunque todo le indicaba que no podían haber vivido juntos mucho tiempo.

—¿Y tú, qué tal?...

—¿Yo? Qué quieres que te diga... Pasé aquí todo el bloqueo. Tú, claro, ya sabrás, ya habrás oído lo que fue eso. Vivía en el hospital, a casa casi no venía, y ya ves, hasta ahora sigue así... —el padre le señaló el oscurecido techo, todo lleno de grietas, y el desgarrado papel de las paredes—. Hemos conseguido cristales para las ventanas, problema difícilísimo de resolver... Sí, es buena cosa que hayas trabajado en la producción. Yo, a tu edad, también lo hice; mis mejores recuerdos son de aquel entonces... Sí. No he tenido tiempo de llamarte; verás, creía que la cosa no era tan urgente. Has de saber que, además de trabajar en el hospital, doy clases; de modo que no me queda mucho tiempo para los asuntos personales. Por si era poco, me puse enfermo, pero pensaba hacerlo en cuanto me repusiera, y ya he dado algunos pasos para enterarme de cómo se tramita la llamada... Afortunadamente, has logrado llegar sin esas formalidades. ¿Has venido como es debido? Confío en que no habrás armado ningún lío...

—¿Qué lío?

—¿No has hecho ninguna trastada? ¿Te autorizaron para irte de la fábrica o te escapaste?

—Me autorizaron.

—¿Todo honradamente?

—Todo.

—¿Y la habitación? ¿Está intacta?... Necesitarás

dinero, claro está; ahora yo ando mal... Pero dentro de un par de días... ¿Qué planes tienes para el futuro? ¿Ingresar en una escuela técnica? ¿O volver a la escuela?

—A la escuela no pienso volver —repuso Volodia—. En todo caso, trabajaré —afirmó con la alegría y el consuelo de saberse independiente del padre; si quería, incluso podía no aceptar el dinero; se arreglaría sin él, Rom le echaría una mano hasta la primera paga... Aunque no, el dinero había que tomarlo para enviárselo a la madre—. Un muchacho de aquí me ha prometido colocarme en la Fábrica Kírov.

—¿Para qué necesitas a ese muchacho? —dijo el padre—. Yo te puedo ayudar a colocarte; o al menos, intentarlo.

—Gracias. No es a mí a quien hay que ayudar ahora.

—Sí, la situación de tu madre es mala, ya me lo decías —suspiró el padre—. ¿Y qué le pasa en realidad?... ¿Qué enfermedad tiene?

Con la cabeza gacha, torciendo el gesto, escuchó el breve relato de Volodia. Se veía a las claras que habría preferido no enterarse de nada.

Del capitán dijo:

—¡Qué bellaco!

Es posible que todo aquello no le produjese mucha impresión, pero lo que sí le llegó muy a lo vivo fue la

noticia del robo de la vivienda. La nueva vino a aclararle definitivamente el panorama. Le abrió los ojos, en el sentido literal de la palabra. Y exclamó con asco y espanto:

—¡Huf! ¡Ay, Dios mío!

—¿Se puede fumar? —preguntó Volodia, cuando hubo terminado su relato.

—Sí, claro —contestó el padre, saliendo de su ensimismamiento. Y luego de acercar el cenicero y de tomar de Volodia tabaco fuerte y papel, lió también un cigarro.

El padre y el hijo estaban sentados en los sillones, uno frente a otro, igualmente cruzadas las piernas. El hijo se parecía al padre por la cara, la estatura y hasta la manera de fumar. Veía el parecido, que le agradaba e irritaba a un tiempo. ¿Y el padre, se daba también cuenta de aquella semejanza?

—Sí. La situación... ¿Y qué puedo hacer yo, a tu parecer?

Volodia, de buen grado, empezó a enumerar; tenía todo pensado hacía tiempo:

—En primer lugar, debes darle la posibilidad de venir aquí, donde está su vivienda, porque ella, coméndelo, no tiene con qué marcharse. En segundo lugar, una vez aquí, debes ayudarle a colocarse, para que pueda subsistir. Y comprenderás que no se trata solo

de un sueldo; lo principal es que admitan a la niña, como interna, en una casa-cuna. Esa es su salvación, porque está enferma de verdad, la única forma de salvarla.

—¡Es espantoso! —exclamó el padre—. ¡Qué manera de complicarse la existencia! ¡Es espantoso!

Se había levantado e iba y venía por la angosta habitación. Volodia le recordó:

—No fue ella sola, le ayudaron. Toda la vida le ayudaron.

—Mira, Volodia, ¡te lo ruego! No quiero que me juzgues con excesiva severidad; óyeme. ¡Siempre ha sido una persona desdichada, irresponsable!

—Supongámoslo —repuso el hijo—. Lo más probable es que sea eso. ¡Una desdichada precisamente! ¿Y qué hay que hacer por eso? ¿Abandonarla a su suerte?

—Escucha. Mi vida no ha sido un camino de rosas. Trabajé en una fábrica, terminé los estudios de la facultad para obreros e ingresé en el Instituto de Medicina. Cargaba barcos; a veces, estaba ajetreado en el puerto la noche entera, y luego, en la clase de disección, el bisturí se me caía de las manos... Trabajaba para vosotros, para que no pasaseis hambre, pues yo, con mi estipendio, me habría arreglado, ten la seguridad... Yo no necesitaba más que un pedazo

de pan, mi único anhelo era estudiar y llegar a ser médico... ¿Y ella? Ella no tenía en cuenta nada, nada le atraía, jamás tomaba un libro en sus manos... En fin, no quiero hablar, no lo considero posible...

—Ahora su situación es mala, desesperada —insistió Volodia—. Mientras tú y yo estamos discutiendo aquí, ¿qué será de ella?... No me cabe en la cabeza. Lo que hay que hacer es tenderle la mano. Levantarla, ¿comprendes? ¿A qué sales con eso?... Yo solo no puedo, ¿te enteras? Debemos hacerlo entre los dos.

—¿Pero por qué debo ser yo? —empezó a vociferar el padre—. ¿Qué ley me obliga a mí a pagar el pato? Hace catorce años que estamos separados. ¡Tiene gracia la cosa!

14

En la habitación contigua, Oleg Yakubovski, chico debilucho, rubio, de carita alargada y ojos estrechos, sentado a la mesa, estudiaba sus lecciones.

Estudiaba con esa negligencia del muchachito capaz que sabe que, con un esfuerzo insignificante, el problema señalado quedará resuelto; las manos, libres para ocupaciones más amenas, y asegurada una buena nota que hará a sus padres felices.

A Oleg no le costaba trabajo alguno dar a sus pa-

dres esas alegrías, y se las proporcionaba con magnánima largueza.

Además, para su propia satisfacción, una buena nota, sin llegar a ser algo imprescindible, era al menos cosa deseable. No tenía un amor propio excesivo, pero no le gustaba que le regañasen por insignificancias. Y estudiar y conseguir buenas notas era una menudencia de la que no valía la pena hablar.

Por otra parte, en que él resolviese los problemas estaba interesada no poca gente. Los chicos a quienes les era difícil o les daba pereza hacerlo podrían, al día siguiente, copiar la solución y ganarse también la nota máxima.

Para socorrer a aquellos muchachos, llegaba a la escuela con un poco de antelación. A él no le costaba trabajo levantarse media hora antes. No era amigo de dormir. Las horas pasadas en la cama le parecían tiempo perdido. Aún no había hecho nada en la vida. Y Oleg se dirigía reproches y se apremiaba: ya era hora de empezar.

Pero él mismo no sabía qué era lo que debía empezar. Le interesaban las ciencias: la Biología, la Física, la Geografía. En particular, todo lo relativo al Cosmos, a las comunicaciones interplanetarias, a la conquista del espacio, le causaba una emoción poética, honda. Debido a su poca edad, no le permitían la entrada en

la biblioteca pública, pero, a través de algunos conocidos, recibía revistas científicas para estar al corriente de los problemas y descubrimientos.

Igual pasión sentía por la literatura; le atraían las discusiones y los acontecimientos del complicado mundo de las letras. Escribía versos, cuentos, piezas teatrales, y pensaba que cualesquiera que fuesen las circunstancias de su vida y la profesión que eligiese, siempre sería, al propio tiempo, escritor.

Tampoco descartaba el ajedrez de sus futuras ocupaciones fundamentales. Como ajedrecista, le habían dado ya la primera categoría. No estaba mal.

Si a todo aquello se unían otras muchas cosas en las que aún no había tenido tiempo de pensar como era debido, tal vez tuviese bastante, para llenar su vida, Oleg Yakubovski.

Sus múltiples aficiones, la emoción y el desconcierto que le producían los tesoros esparcidos en su camino le tenían en un estado de continua exaltación nerviosa, y sus estrechos ojos grises, un poco estrábicos, brillaban siempre, excitados e inquietos.

Desde que tenía uso de razón, recordaba haber recibido cuanto podía contribuir a su desarrollo físico e intelectual. Nunca le habían insistido, machacones, para que tomase «una cucharadita más», pero, a fin de fortalecerle —pues era débil de nacimiento—, le ha-

bían habituado a la gimnasia, a los juegos al aire libre y a esquiar. Aquello era obra de la madre. Incluso en la evacuación. Amorosa sin sensiblerías, atenta, pero no cargante, había procurado no desaprovechar ningún medio que pudiera dar al hijo vigor, conocimientos, simpatía. Trataba de inclinarlo a los esparcimientos sanos, le recomendaba la lectura de buenos libros, lo llevaba a los conciertos y a las exposiciones de pintura, procurando colmarle de los placeres espirituales que constituían el mayor gozo de su propia existencia.

Ello no era óbice para que Oleg gozase entera libertad. Siempre había tenido su rinconcito, vedado a los demás. Y cuando, un año antes de la guerra, les dieron aquel piso de tres habitaciones, una fue destinada para el pequeño. En ella estaba instalado de nuevo, desde hacía poco, y muy a gusto. Aunque el mobiliario era muy modesto, el arreglo de la habitacioncilla revelaba una gran solicitud. Allí, como en la vida familiar, todo se había dispuesto para que el hijo, en vez de sentir el deseo de salir de casa e ir a callejear por ahí, sintiese en dondequiera que se encontrase la atracción del hogar. Su estudio era tan respetado como el trabajo del padre. Cuando llegaba a casa con alguna bagatela innecesaria, propia de chiquillos, le convencían con paciencia y seriedad de que no era posible dejar allí aquello. Podía traer a casa a sus amigos, y si venía al-

guna niña a visitarle, no le gastaban bromas estúpidas y ofensivas, como ocurría en otras familias menos intelectuales que la suya.

Tal era el régimen que había establecido la madre y al que se sometía el padre de buen grado; en la casa reinaban el decoro y la ayuda mutua.

La madre era más culta que el padre, aunque se catalogaba modestamente como ama de casa. El padre, por ejemplo, entendía poco de música. Podía perder los estribos por la menor insignificancia y, a veces, se ponía caprichoso como una mujer. En algunos momentos, se le escapaban expresiones vulgares, ordinaries como: «Me he echado una copa al colete», «Eso que se lo cuente a su abuela» o «¿Es que yo soy un hijo de Barrabás?». En cambio, la madre era una persona irreprochable. Su impecabilidad llenaba de tierno orgullo al hijo, pero el afecto al padre no salía perjudicado con la comparación aquella. Oleg era lo suficientemente listo y amplio de miras para no conceder importancia a las menudencias. ¿Y acaso tenía importancia que el padre entendiese poco de música? Realizaba una gran labor, todo el mundo le respetaba. Aquellos conocidos —gente de gran renombre y muy considerada— que le proporcionaban a Oleg las revistas científicas y respondían a sus difíciles preguntas eran amigos del padre, a quienes este curaba e invita-

ba a casa. El padre era en la familia la piedra angular sobre la que la madre erigía su pedagógica obra.

Oleg se daba perfecta cuenta de que aquella pedagogía ejercía su benéfico influjo no solo sobre él, sino sobre el padre, cosa que divertía al hijo en ciertas ocasiones y parecía igualarle a su progenitor, poniendo a los dos al mismo nivel. Dos hombres sometidos pacífica y voluntariamente a la superioridad de una mujer y encomendados a su custodia (claro que hasta allí donde comienzan las inclinaciones varoniles y la independencia masculina) era, en opinión de Oleg, algo hermoso, que enaltecía a los tres.

...Oleg estaba sentado a la mesa, resolviendo un problema. La lámpara, con pantalla de papel pergamino de color aceituna, alumbraba con cetrinos reflejos el alargado rostro del muchachito, sus estrechos ojos y salientes pómulos.

Resuelto el problema, el chico sintió sed. Salió al comedor, echó en un vaso agua de la tetera, que estaba en el aparador, y oyó que en el despacho conversaban. Oíase la voz del padre y otra desconocida, de hombre joven. Oleg no prestó atención a lo que decían.

Pero las voces se elevaron; algunas palabras resonaron claras, y entre ellas, un «tú» pronunciado por la voz juvenil.

¿Qué era aquello? Fuera de él, no conocía en el

mundo a persona joven alguna que tutease al padre con tanta desenvoltura y convencimiento de su derecho a hacerlo. «Debes», decía con firmeza el jovencito aquel.

—...No quiero que me juzgues con excesiva severidad; óyeme... —pedía el padre, con tono de abatimiento.

—¿Quién se atrevía a juzgar al padre y por qué este, anonadado, aceptaba el juicio y trataba de justificarse?

—¡Siempre ha sido una persona desdichada, irresponsable!

—Supongámoslo —respondía inflexible el joven—. Lo más probable es que sea eso. ¡Una desdichada precisamente! ¿Y qué hay que hacer por eso? ¿Abandonarla a su suerte?

Oleg se acercó a la puerta del despacho.

—Escucha —volvía a pedir el padre—. Mi vida no ha sido un camino de rosas...

Ahora le contaría lo de los barcos, cómo los cargaba... Aquello de los barcos constituía una pequeña debilidad paterna.

—...Trabajaba para vosotros, para que no pasaseis hambre... ¿Y ella? Ella no tenía en cuenta nada...

—...Su situación es mala, desesperada... —insistía el joven—. Lo que hay que hacer es tenderle la mano. Levantarla, ¿comprendes?, ¿a qué sales con eso?... Yo

solo no puedo, ¿te enteras? Debemos hacerlo entre los dos.

—¿Pero por qué debo ser yo? —gritaba el padre—. ¿Qué ley me obliga a pagar el pato? Hace catorce años que estamos separados. ¡Tiene gracia la cosa!

—Pues porque para ti tiene gracia la cosa, y para ella, ninguna; ¡por eso estás obligado a hacerlo! —contestaba el joven con aspereza.

Oleg permanecía ante la cerrada puerta del despacho del padre no como el que escucha una conversación ajena. Consideraba necesario oír hasta el fin aquella conversación, y lo hacía diligente, con las manos en los bolsillos y los labios fruncidos.

—...¿Cuándo te llamo por teléfono? —preguntó el joven.

—¿Qué día es hoy? —dijo sumiso el padre—. Llámame el viernes.

—Hasta la vista —dijo el joven.

—Que sigas bien, Volodia.

Oleg se fue a su habitación. Habría sido una tontería mayúscula y una falta de tacto imperdonable continuar allí, para que tropezasen con él... Resonó la puerta del piso al cerrarse.

Entonces, volvió al comedor. El padre, que venía del recibimiento, entró también allí.

—¿Quién era ese? —preguntó Oleg—. Papá, ¿quién

era? —repitió, pasando al despacho, detrás del padre.

—Uno que venía a un asunto —repuso tajante el padre. Estaba ahora de espaldas a Oleg, fumando.

—¿Y por qué te tuteaba?

—Te habrá parecido a ti.

—¡Qué cosas dices, papá!... ¿Es mi hermano, verdad?

El padre se volvió. La mano que sostenía el cigarrillo temblaba junto a sus labios.

—¡Yo no tolero que se me interrogue! —empezó a dar voces, montando en cólera estúpidamente—. ¿Quién era, por qué, a qué ha venido?... ¡A lo que hemos llegado!... Ni el menor respeto... ¡Vaya una educación! ¡Vete, tengo que trabajar!

Oleg enrojeció también de coraje: un hombre ya maduro, sensato, y, de pronto, empezaba a soltar mentiras y se ponía frenético.

Bien. En tal caso, él haría lo que considerase oportuno.

¿Quién se lo impedía? Además, ¿podía él proceder de otra manera?

...Inclinándose sobre el sonoro hueco de la escalera, llamó:

—¡Volodia!

Se lanzó a la calle. Una ráfaga de viento y nieve le envolvió. Se abrochó el cuello del abrigo y miró en derredor.

Multitud de albos y pequeños copos corrían a lo largo del malecón, y a ambos lados se deslizaban, junto a las farolas, unas figuras negras. ¿Cuál de aquellas personas era su hermano? Oleg gritó con todas sus fuerzas, lanzando un oblicuo chorro de vaho blanco:

—¡Volodia!

Al oír el grito, dos transeúntes volvieron la cabeza. Uno de ellos se detuvo. Oleg corrió hacia el que esperaba parado.

—¿Eres Volodia?

—Sí —repuso este, reservado.

—¡Buenas noches!

Volodia callaba.

—Yo soy Oleg Yakubovski.

Los dos chicos se miraron a la cara, fijamente.

El mayor tendió la mano, presentándose:

—Volodia Yakubovski.

—Oye, tenemos que hablar —dijo Oleg, jadeando de emoción, con tono preocupado y diligente.

—¿Tú crees que es preciso?

—Sí, es preciso.

—¿Y de qué vamos a hablar?

—Quiero decirte algo muy importante.

A Oleg le había dolido el recelo de Volodia.

—¿Importante?... Bueno, acompáñame hasta la parada. Tengo que ir a la Fábrica Kirov.

—¿Trabajas en la Fábrica Kirov?

—Me dispongo a hacerlo.

—Oye, ¿cuántos años tienes?

Aquellas palabras se habían escapado impetuosas de los labios de Oleg.

—Diez y seis. ¿Y tú catorce, verdad?

—Lo sabes. Por consiguiente, ¿tenías alguna noticia de mí? ¿Sabías que yo existía?

—Sí.

—¿Hace mucho?

—Siempre lo he sabido.

—¿Qué dices? Pues yo de ti no he oído nunca nada... Es curioso, ¿por qué harán estas cosas? ¿Qué opinas tú?

—¿Qué cosas?

—Esto de que yo no sepa absolutamente nada de ti. ¿Por qué lo ocultan? ¿Eh? ¿Será por razones pedagógicas?

—¡No lo sé! —repuso Volodia, encogiéndose de hombros. Nunca había comprendido por qué razón ocultaban aquello el padre y la madrastra... Y por lo

visto, Oleg también consideraba innecesarios tales tapujos y se sentía tan ofendido como él.

—¿Tratan de no herir nuestras almas jóvenes? ¿O temen nuestras censuras?

—Puede ser que lo uno y lo otro —contestó Volodia.

—Temen que yo condene al padre. Pobrecillos. Pues no debe ser fácil vivir continuamente bajo el temor de la condenación, ¿verdad?

—¡Qué ha de ser fácil! Por eso no hay que ocultar nada.

—¡Desde luego! ¡La franqueza es mucho mejor! Conjuntamente, se puede discutir y resolver todo, sin que nadie tenga miedo de nadie.

Iban juntos por la linde del Campo de Marte, cubierto de montones de nieve. Los copos caían en la espalda, y no molestaban.

—Aguarda, no corras tanto. Quiero decirte una cosa. Porque entre ellos haya ocurrido algo o haya dejado de ocurrir, ¿nosotros no debemos ser hermanos? No solo de apellido, ¿comprendes?, sino en todos los aspectos...

—Claro que no —asintió Volodia condescendentemente—. ¿Digo yo acaso eso?

—No lo dices, pero me rehúyes.

—No vayas a figurarte que yo tengo algo contra ti.

Inquina o algo por el estilo. Ni pensarlo, ¿por qué? Lo que ocurre es que me espera un muchacho.

—¿Qué muchacho es ese?

—Uno con el que trabajé en una fábrica de material de guerra.

—¿De tanques?

—En una cuyo director es el camarada Golovánov. No sé nada más.

—¡Ah, comprendo!... Oye, ¿te referías a tu madre cuando decías que su situación era muy mala?... Perdona, escuché la conversación. ¿Está muy enferma, verdad?

—No hablemos de eso —le atajó Volodia.

—Bueno, perdona. Oye, ¿y dónde vives? ¿Tienes donde vivir?

—Tengo —afirmó Volodia con cierta altanería, pues, por lo visto, Oleg se disponía a brindarle protección—. Ven a visitarme si quieres.

Oleg comprendió que había herido el amor propio de Volodia, y se apenó por ello.

—Bueno —contestó dócilmente—. Gracias. Iré si me lo permites.

Llegaron a la parada.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Oleg.

Le inquietaba que hubieran hablado tan poco; demasiado poco se habían dicho incluso para una primera y fugaz entrevista.

—¿Me dejas que te acompañe hasta la fábrica?

— Bien, acompáñame —accedió Volodia. Su descontento había pasado ya. Y le agradaba que Oleg le pidiese permiso con tímida voz, como correspondía a un hermano menor.

«¿Qué tal nos llevaríamos si nos hubiéramos criado juntos?», pensó Volodia.

En el tranvía olía a ropa y pieles mojadas. De pie, apretados en un rincón de la plataforma, los dos se contaban precipitadamente algo de sus vidas. «¿Cuántos grados de la escuela has terminado ya?», «¿Y tú, dónde has estado estos años? ¿Cómo lo pasabas en Sverdlovsk? ¿Haces deporte?».

—Un poco —contestó Volodia, observando la nerviosa expresión de aquel afilado rostro de ojos estrechos, fulgurantes de excitación. Su excitabilidad era asombrosa. Todo hacía vibrar aquel organismo supersensible, inflamable al instante.

«Su cara se parece a la de *ella*», se dijo.

«¡Cuánto se parece a papá!», pensó Oleg.

«*Ella* le ha educado así? ¿Qué sé yo de *ella*?», se preguntaba Volodia.

«¿Y qué sé de mi padre?». Dos personas se habían entrevistado y, acalorándose, habían discutido de cosas de la vida que oprimían el alma. Un padre y un hijo se encontraban después de larga separación. «Y seguramente, siempre ocurrirá igual. ¿Por qué ha de

cambiar? Yo constituyo una carga para él, una enojosa preocupación, y nada más». Pero Oleg no tiene ninguna culpa de esto. Es de una transparencia de cristal; no, él no tiene la culpa...

El tranvía pasó por un puente colgante y se detuvo ante un largo muro. Los arcos de la entrada, oscuros y altos, se vislumbraron entre los remolinos de nieve.

A la puerta, taconeando de frío, esperaba Rom.

—Te presento a mi compañero Rom —dijo Volodia a Oleg—. Y este es Oleg —dudó un poco y añadió—: Mi hermano.

Rom no concedió gran importancia a la presentación aquella, considerando que del mismo modo que había tíos segundo, y otros, también había muchas clases de hermanos... —Es un mocete —barbotó—. Vamos, Volodia. ¿Dónde has estado tanto tiempo? ¿Traes los papeles?

Desaparecieron por un portillo que había junto a los arcos. Oleg siguió a Volodia con la mirada. ¡Hermano! Apartado de la familia y del hogar sin haber cometido delito alguno, separado de él, como un extraño, ¡iba por su propio camino el hermano mayor! Con toda la vehemencia de su apasionado carácter, Oleg ansiaba compartir sus afanes, prestarles ayuda...

Estaba solo, ante los muros de la fábrica, agrietados como los de una fortaleza sitiada.

Y en efecto era una fortaleza, Hacía muy poco, allí se encontraba el frente, estallaban los incendios, se alzaban las llamas. Pero la fortaleza resistió, el enemigo fue rechazado y hubo de retroceder dejando innumerables cadáveres suyos en las inmediaciones de la fábrica, mientras que esta continuaba en pie, alzando al cielo, en medio de la tempestad de nieve, sus finas chimeneas, llena de un cálido fragor de vida.

Oblicuos y menudos, descendían en masa los copos, semejantes a una blanca humareda. Caían libremente, como si hubieran abierto en el cielo las compuertas de unos blancos graneros inagotables. Oleg se levantó el cuello del abrigo y echó a andar sonriente, entornados los ojos, susurrantes los labios.

La ciudad querida asomaba por entre la nieve las líneas negras de sus tejados y los oscilantes círculos luminosos de sus faroles. Todo levantaba el vuelo, corría rauda al impulso de la ventisca, que envolvía a Oleg. Y él, extasiado, se dejaba arrastrar también.

En la interminable avenida, agitada como un mar de albos remolinos, los transeúntes, que apretaban el paso para llegar a casa cuanto antes, miraban extrañados a aquel muchachito. Aguantando la nieve de las abiertas compuertas celestiales, caminaba solo, despacio, como si pasease con un tiempo magnífico. «¡Qué chico más raro!», exclamaban, pero al instante com-

prendían que estaba ebrio de dicha, pues solamente los muy felices podían hacer tales cosas. En tanto andaba, iba improvisando cantos a la ciudad querida, con el ansia de inmortalizarla, sin tener en cuenta que ya había alcanzado bastante inmortalidad en versos anteriores.

...El Arco del Triunfo y un muchachito al lado, imperceptible, absorbido por aquella grandeza. Es como si no estuviese en la plaza y solamente hubiera en ella el Arco del Triunfo... Puede ser que, un día, él mismo inmortalice también con sus versos a su amada ciudad. A lo mejor, lo logra como nadie lo ha logrado hasta ahora. ¡Cualquiera sabe lo que serán capaces de hacer estos muchachitos y muchachitas, lo que hará cada uno de ellos! No es posible saberlo, no es posible...





Volodia, un muchacho de Leningrado que tuvo que marcharse de la ciudad con su madre ante el avance del ejército nazi, busca regresar a su ciudad natal tras la contraofensiva soviética. Durante este período, lejos de casa y del frente, Volodia deja atrás su infancia y se enfrenta a las dificultades de la vida cotidiana en un país en guerra.

